

El perro del hortelano y la lucha contra la pobreza

El tercer artículo del presidente Alan García, de la serie que tiene como 'leit motiv' la figura del perro del hortelano, reflexiona, con énfasis en las cifras, sobre el gravitante tema de la lucha contra la pobreza.

Para entender la sustancia de esta entrega debemos recordarlo dicho en artículos previos. En "El síndrome del perro del hortelano" (28/10/07) introdujo la idea de cómo un país con tal vastedad de recursos ve refrenadas sus posibilidades de desarrollo por anteojeras o atavismos ideológicos que, entre otras cosas, caracterizan a los que llaman perros del hortelano, que no comen ni dejan comer. Y en "Receta para acabar con el perro del hortelano" (el 25/11/07) traza por lo menos seis líneas de acción para agilizar el Estado y promover la inversión privada, lo que con buen criterio fue plasmado en varios proyectos de ley.

Es importante subrayar el convencimiento del jefe del Estado sobre las bondades de la economía de mercado, por contraste con el desastre a que llevan las políticas estatistas. Sin embargo, el tono del tercer artículo evidencia cierta autosuficiencia, que debe ser superada para poder acoger críticas constructivas. Claro que hay perros del hortelano que deben ser contestados con un discurso firme y obras concretas, pero también es cierto que, si bien proporcionalmente continúa el incremento del apoyo social, queda mucho por hacer para superar el fantasma de la infamante pobreza crítica o exclusión social.

¿Mirar el vaso medio vacío o el vaso medio lleno? Muchos críticos han enfatizado lo primero, pero no por ello puede mezquinarse la parte llena del vaso. Así, es interesante y no deben dejarse de lado los logros del actual Gobierno, que aún no cumple dos años. El país crece al 9% anual, la construcción aumenta al 21% anual, las carreteras avanzan a razón de 4 kilómetros por día, los teléfonos se han duplicado y el comercio aumenta. Todo ello son avances innegables que deben

La lucha contra la pobreza demanda la reingeniería de los programas sociales, así como mayor inversión productiva que genere empleo

saludarse, pues demuestran el vigor de nuestra economía y el incremento del poder adquisitivo.

El presidente enumera a renglón seguido otros ítems relacionados con la lucha contra la pobreza, con un presupuesto de S/.3.278 millones para el 2007 en acciones directas, y anuncia que en el 2008 esta cifra alcanzará los S/.4.500 millones, lo que resulta especialmente significativo.

Destacan el programa Juntos con un total de 1'934.000 beneficiados; el Pronaa que distribuye alimentos a 1'222.600 familias; el programa de lucha contra el analfabetismo; Agua para Todos; Electrificación rural y Vaso de Leche que, aunque es un programa municipal, es financiado por el

Estado. Igualmente menciona a Proviás Descentralizado, para rehabilitar y dar mantenimiento a caminos; el Seguro Integral de Salud (SIS); Construyendo Perú y Cofopri para dar trabajo temporal y formalizar la propiedad.

Es obvio que se está gastando más, pero también que, por lo que señalan las encuestas, los recursos no estarían llegando en su totalidad al público objetivo, lo que obliga a incrementar los niveles de eficiencia. Recordemos que en febrero del año pasado se anunció la reconversión de programas sociales burocratizados, en una reingeniería que se quedó a medio camino. Peor aun, hay que advertir sobre el nombramiento de dirigentes apristas a la cabeza de programas sociales importantes como Juntos, lo que pudiera dar lugar a suspicacias sobre las intenciones de utilizar dichos programas para otros fines proselitistas. En todo caso, el Gobierno debe estar abierto a pedir una auditoría internacional de los programas sociales para diagnosticar las falencias y promover su eficiencia.

Igualmente destacable es el compromiso del presidente de continuar con el proceso de descentralización y transferir funciones y recursos a los gobiernos regionales y municipales, los que, según señala, tienen ahora S/.13.600 millones para inversión y deben asumir su propia responsabilidad en la lucha contra la pobreza.

Compartimos, pues, la preocupación presidencial en la lucha contra la pobreza, que definitivamente demanda como antídoto mayor

inversión productiva que genere empleo. El Estado no podrá sostener por siempre políticas asistencialistas puras, las que deben ser temporales y para los sectores más urgidos, sino propiciar la participación del sector privado para ejecutar proyectos rentables y crear empleos que beneficien a todos.

Claro que hay perros del hortelano añosos, pesimistas, antimineros y pseudoambientalistas, pero sobre todo de mentalidad regresiva y hasta desestabilizadora del sistema democrático. Y la manera de combatirlos es desenmascararlos y demostrar al país que el estatismo socialista es hambreador (miremos lo que pasa en Venezuela, donde escasean los alimentos a pesar de que nada en petrodólares); que la inversión privada responsable, y regulada y supervisada por el Estado, es absolutamente imprescindible; que la justicia es ciega y no corrompida; y que el apoyo social llega eficientemente a los más pobres a través de alimentos pero también de más carreteras, agua potable o acceso a la educación.

Al asumir el mando por segunda vez, el presidente García se comprometió no solo a mejorar el Estado y promover la inversión privada, sino también a darle prioridad a la inclusión social, lo que exige el concurso de todos para terminar con la pobreza, sinónimo de hambre y exclusión. Si vamos por buen camino, pues reafirmémoslo, pero si hay cosas que rectificar y corregir, pues hagámoslo ahora, con hidalguía, apertura y transparencia. ■

PIEDRA DE TOQUE

Tambores de guerra

Mario Vargas Llosa

Escritor



© MARIO VARGAS LLOSA, 2008.
© Diario "El País", SL/ Mario Vargas Llosa. Prisa.com.
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

El incidente fronterizo entre Colombia y Ecuador, ocurrido a raíz de la incursión militar colombiana en un campamento de las FARC situado en territorio ecuatoriano, debería eclipsarse pronto con las excusas formales del Gobierno colombiano y el acuerdo propiciado por la OEA (Organización de Estados Americanos) para evitar en el futuro episodios semejantes. Pero cabe que no sea así, por la intromisión en el asunto del mandatario venezolano, Hugo Chávez, el gran desestabilizador de América Latina.

En efecto, a Chávez le viene como anillo al dedo el conflicto y tratará de mantenerlo al rojo vivo. Desde el referéndum que perdió, su impopularidad en su propio país no hace más que crecer, al mismo tiempo que la inflación, el desabastecimiento alimenticio y la corrupción, que golpean sin misericordia a aquellos sectores venezolanos más pobres que en un principio eran su principal apoyo. En estas condiciones, nada tan oportuno como un conflicto bélico que permita a su gobierno efusiones efervescentes de patriotismo a fin de crear artificialmente la unidad nacional. Y que tenga entretenidas a unas Fuerzas Armadas en las que jamás prendió la prédica ideológica de Chávez a favor del "Socialismo del Siglo XXI" y cuya lealtad, ahora vacilante, ha conseguido sobre todo sobornando a su cúpula.

No se explica de otra manera a cuento de qué el caudillo venezolano se precipitó a atizar el fuego de aquel episodio que tuvo lugar a muchos cientos de kilómetros de las fronteras venezolanas, a lanzar sus habituales amenazas e insultos contra el mandatario colombiano Álvaro Uribe y a ordenar, ante las cámaras de la televisión, con gesto musulmán, a su ministro de Defensa: "¡A ver, póngame de inmediato diez batallones en la frontera con Colombia!".

Las payasadas del mandatario venezolano son pintorescas, pero, enestecaso, también preocupantes. Pues, en la actualidad se trata, políticamente hablando, de un



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

animal herido, que se siente cada vez más rechazado por su pueblo y totalmente incapaz de revertir una crisis económica y social desatada por su ignorancia y megalomanía. En esas circunstancias no se puede descartar que reabra la crisis, directamente, o a través del Gobierno Ecuatoriano del presidente Correa, quien, a juzgar por su errático comportamiento desde el inicio de este conflicto—aceptando en un principio las excusas y explicaciones del presidente Uribe y, luego, escalando las protestas y magnificando lo sucedido—, después de mantener una cierta independencia, parece haberse resignado a integrar también, junto con el boliviano Evo Morales y el nicaragüense Daniel Ortega, la cofradía de vasallos políticos de Hugo Chávez.

Pese a las FARC y al narcotráfico, Colombia es una democracia que ha resistido una embestida

feroz contra su sistema político, de dos poderosos movimientos subversivos, apoyados por la industria de la droga más rica de América Latina, y por la Cuba de Fidel Castro y la Venezuela de Chávez. Con el gobierno de Álvaro Uribe, el más popular que ha conocido Colombia en varias décadas, la narcoguerrilla ha comenzado a ceder el terreno y el pueblo colombiano a perder el miedo y a recuperar la esperanza. Eso hace de Uribe un ejemplo odiado por quienes quisieran, como Chávez, convertir a América Latina en una sociedad comunista a la manera de Cuba o en ese galimatías socialista y bolivariano en que él ha transformado a Venezuela.

Lo extraordinario de esta historia es que sea Colombia el país que Chávez y Correa han querido poner en la picota internacional como "violador de la soberanía territorial" de un vecino. Si de violaciones

territoriales se trata, el comandante Hugo Chávez debería estar entre rejas hace muchos años. Nadie, ni siquiera Fidel Castro en los sesenta, en el apogeo de su mesianismo revolucionario, ha pisoteado de manera tan burda la soberanía de los demás países latinoamericanos, financiando movimientos y candidatos extremistas, publicaciones revolucionarias, subvencionando huelgas y paros armados, y, como ha hecho con las FARC y el ELN colombianos, concediendo "santuarios" a los movimientos subversivos, que estos aprovechan para curar a sus heridos, dar descanso a sus tropas, o refugiarse cuando se ven en peligro. En los documentos hallados en el campamento de las FARC recién destruido, aparecen pruebas, según ha ofrecido mostrar el Gobierno colombiano, de que los narcoterroristas colombianos han recibido ya, de Hugo Chávez,

trescientos millones de dólares. ¿No son esas violaciones descaradas y flagrantes de la soberanía de un país vecino?

La indignación del presidente Correa ante la incursión militar colombiana tiene asidero, sin duda: es grave que ocurra y la comunidad civilizada internacional ha hecho bien en censurarla. ¿Pero, es menos tolerable que un movimiento subversivo y narcoterrorista, como las FARC, tenga "santuarios" estables en territorio ecuatoriano, enclaves extraterritoriales que lo pongan a salvo de las acciones del gobierno democrático que está tratando de derribar? Eso es lo que mostraba ser, en las imágenes, el campamento donde murieron Raúl Reyes y la veintena de miembros de las FARC.

Lo menos que se puede decir en este caso es que el presidente Correa y su gobierno, tan

escrupulosos en la defensa de la soberanía ecuatoriana, debían de serlo, también, no permitiendo actos inamistosos contra su vecino como el establecimiento de campamentos subversivos a lo largo de su frontera. Porque, una de dos: o no están en condiciones de impedir que las FARC hagan de las suyas en territorio ecuatoriano, y en ese caso no pueden quejarse de que el Gobierno colombiano actúe como lo ha hecho en su legítima defensa, o lo están, y no quieren hacerlo, por temor, prudencia o por complicidad con la subversión.

La soberanía territorial debe ser respetada, desde luego. Pero, por todos los gobiernos, empezando por el del comandante Chávez. Porque el efecto desestabilizador de sus intromisiones—a golpe de los petrodólares del desventurado pueblo venezolano que él derrocha para hacer realidad sus sueños hegemónicos bolivarianos—están causando mucho daño a los países que tratan de fortalecer sus instituciones y luchan contra el subdesarrollo respetando la libertad y la legalidad.

Después de Colombia, otro de los objetivos prioritarios del caudillo llanero es el Perú, cuya democracia le molesta. Ya en las últimas elecciones trató de imponer a un candidato afín a sus delirios ideológicos, que por fortuna los electores rechazaron (pero no por muchos votos). Desde entonces, su larga mano y su dinero están detrás de toda la violencia social que los grupos extremistas desatan en el Perú, manipulando a los sectores marginales y desfavorecidos con huelgas, levantamientos, paros y toma de locales y empresas que solo sirven para retrasar el desarrollo y paralizar la vida económica del país. Las casas de ALBA, que el gobierno de Chávez ha sembrado por toda la sierra peruana, están lejos de ser esas instituciones humanitarias que pretenden en verdad son focos activos de propaganda revolucionaria cuyo objetivo es socavar en los sectores campesinos y marginales toda forma de adhesión al sistema democrático y ganar adeptos para las fuerzas que se empeñan en derribarlo.

El efecto más pernicioso del incidente ecuatoriano-colombiano es que va a dar un nuevo impulso al armamentismo en América Latina, de manera que preciosos recursos de los países latinoamericanos se gasten comprando aviones, tanques, misiles, etcétera, que nos defiendan del "peligro exterior". Peligrosísimo juego que, además de un derroche insano, puede, en un momento de desvarío nacionalista, provocar otra de esas hecatombes que han ensangrentado nuestra historia. ■